

Val, como de costumbre, tiene todo controlado. Tiene veintiséis años y una fortaleza increíble. Es una joven entusiasta, optimista y decidida. Sabe que con una sonrisa las cosas irán mejor. Hoy, trece de junio, es un día especial para ella. Tiene la entrevista de trabajo más importante de su vida. Su título universitario es fruto de todos los sacrificios y esfuerzos que ha hecho en los últimos ocho años. Para el primer taxi amarillo que pasa; la separan de su destino dieciocho minutos. Las sombras proyectadas por los enormes edificios de Nueva York esconden el poder, la fortaleza y la importancia de todos los asuntos tratados en su interior. Baja del taxi, levanta la cabeza y ve las cuatro imponentes letras sobre el fondo blanco: UTAX. Entra por la enorme puerta de cristal y se dirige a la recepción, un chico joven pregunta:

- ¿Valérie Pinaud?- Val asintió- Bien, acompáñeme.

Subieron en ascensor. En esos veinte segundos, Val se miró al espejo y se sintió orgullosa de lo que veía. Esperaba que la contrataran y, por fin, sentirse útil.

- Señor, la nueva para el laboratorio.- el chico abrió una puerta y le indicó que podía pasar.
- Valérie, adelante, siéntate. Veamos... matrícula de honor en Farmacia y Química en la Universidad Marie Curie. Además tienes conocimientos en Medicina – aquel señor se quedó bastante impactado al leer el currículum de Valérie – Eres realmente brillante, no entiendo por qué has tardado tanto en llegar aquí. Tienes unas recomendaciones excelentes. Bien, estás dentro directamente. Yo soy James Uterfish, director y propietario de esta brillante industria farmacéutica. Una única

norma: no puedes decir ni de qué color tenemos las paredes en el cuarto de baño. Todo lo que ocurra aquí dentro es absolutamente confidencial. Esta empresa mueve millones de dólares y no podemos permitirnos ni un solo error. ¿Alguna duda?

- No.
- Perfecto, el becario de la entrada te acompañara a ver las instalaciones y te enseñará un poco el funcionamiento de esto.
- De acuerdo.

Val ha quedado asombrada con este tipo. Su despacho era asquerosamente perfecto, y él también. Desde hace once años Val ha tenido presente en todo momento la idea de trabajar en una farmacéutica. Con el tiempo se convirtió en una obsesión. Quería investigar, desarrollar nuevos medicamentos. Sus padres murieron cuando tenía ocho años, y creció con su hermano. Él era doce años mayor que ella. Días después de la matriculación de Val en la universidad, a su hermano le detectaron un cáncer de colón. Éste pudo con él, murió tres años más tarde. Ella se quedó completamente sola, en la inmensidad de París. Un profesor le dijo que le pidiera todo lo que quisiera, que estaba dispuesto a cuidar de ella. Valérie supo luchar y convertirse en la mejor de su promoción; la universidad se hizo cargo de sus gastos. Durante los veranos trabajó duro para ir devolviendo a la universidad todo lo que les debía dando clases de repaso. Quería quedarse trabajando en la Marie Curie hasta pagar íntegramente todos sus estudios. Ellos se negaron y le concertaron la entrevista con UTAX.

Fueron suficientes dos días en esa empresa para corroborar que el mundo pierde su humanidad por momentos. El mayor golpe lo recibió al entrar en una sala por equivocación. Todos los pasillos eran iguales y en las puertas solo

cambiaba un pequeño rótulo gris. Al entrar encontró algo fantástico, y a la vez horrible. Cinco enormes estanterías metálicas guardaban medicamentos para demasiadas de enfermedades. Salió asustada, no entendía el porqué de esa habitación. Susan, una de las químicas más antiguas de UTAX, la vio salir.

- ¿Qué hacías allí dentro?
- Nada.
- Mira, niña, no eres la primera que llega con ese entusiasmo de salvar vidas. “Gastemos millones de dólares para luego regalar los fármacos al primer moribundo”. No, hija. Esto no va así. Nosotros investigamos, estudiamos las enfermedades más extrañas y, sí, les encontramos cura. El problema es que el señor Uterfish ve la vida de una manera demasiado superficial, secundaria, lo que realmente importa es el precio que están dispuestos a pagar los clientes por esa cura. Cuando entré aquí tenía veinticinco años, yo también me quedé impactada al descubrir esto. Y lo que te queda por ver... Este trabajo, a largo plazo, terminará contigo, si no estás preparada para engañar al mundo, vete. Esto funciona así, el que no puede pagar, no se puede permitir el lujo de enfermar.
- Pero, ¿cómo lo pueden permitir? Es inhumano, están dejando morir a miles de personas, que podrían ser su hija o su padre, personas que no han hecho nada para adquirir esas enfermedades. No esperaba esto, sabía que un tratamiento solo salía a flote si tenía subvención, pero no tenía noticia de que existieran todas las soluciones que hay detrás de esta puerta.

- Estoy de acuerdo contigo, es inmoral, inhumano, irresponsable e irónico. Pero no es ilegal. Quizás porque esto solo lo saben los trabajadores de ciertas farmacéuticas; considérate una de las seleccionadas. Cuando firmaste tu contrato dejaste bien atado este tema, no puedes revelar ningún tema confidencial de UTAX, y todo aquí es confidencial. Es algo que debes decidir pronto, pero te diré una cosa, si yo volviera a tener veinticinco años y el mundo estuviera en la situación actual, lo tendría muy claro.

Susan se fue al despacho de Uterfish, se giró al final del pasillo para mirar a Val y cerró la puerta sentenciando la conversación. Solo quedaban unos minutos para que terminara el turno. Aquella noche no volvió a casa. Central Park es un buen lugar para reflexionar.

Con los primeros rayos de sol se despertó. Había dormido en un banco del parque, los primeros deportistas madrugadores la miraban entre intrigados e impactados. Lo primero que hizo fue reír, reírse de sí misma, y esa fue la primera señal de que hoy sería uno de los días más especiales de su vida. Decidió coger un taxi, ir a ducharse a casa e ir paseando por última vez hacia UTAX. En esa hora compartió buenos momentos con el joven taxista, con el portero y con todo el mundo que se cruzó; cargada de una energía desconocida no borró la sonrisa hasta llegar a su destino.

- Perdón, señor, quería hablar con usted.
- Ah, la nueva, ¿qué pasa?
- Aquí le traigo mi dimisión. El motivo es que no me veo tan hipócrita como para dedicar mi vida a una industria tan materialista.

- ¿Cómo?
- Lo que ha oído, no es tan difícil, aquí solo explotan los cerebros de la gente para que luego sus trabajos solo cobren sentido si alguien paga por ello. No estoy de acuerdo con esa política, no estoy de acuerdo con que usted pueda llevar un traje de dos mil dólares y una niña enferma tenga que morir porque no hay suficiente dinero en el mundo para financiar su tratamiento. Adiós.

Su corazón iba a salir disparado en cualquier momento. Bajó en el ascensor sintiéndose bien consigo misma. Salió a la calle con ganas de comerse el mundo. Una señora repartía panfletos de una ONG. Nadie paraba a atenderla; nadie estuvo dispuesto a escucharla, todo el mundo tenía demasiada prisa una mañana en la Quinta Avenida.

- Perdona, solo un segundo, buscamos voluntarios para el tercer mundo... Hola, buenos días, le gustaría...
- ¡Hola! Me encantaría invitarla a un café y que me comentara qué tipo de voluntariado necesita... Acabo de dimitir, así que no tengo obligaciones.

Estuvo hablando con aquella mujer; era de Médicos Sin Fronteras. Val dijo que no tenía ninguna norma, solo quería un destino donde hiciera falta alguien como ella, entregada al cien por cien para lo que la quisieran, pero principalmente para atender alguna enfermería en algún país de África. La idea era realmente una locura. ¿Dónde iba una chica de ciudad como ella? Nunca había salido de los laboratorios, y quizás ese fue un motivo. Val estaba cansada de tratar con máquinas, llevaba ocho años preparándose para ser la mejor en su campo; pero a la hora de la verdad algo le dijo que eso no era lo

que le haría realmente feliz. Decidió coger el primer vuelo, esperaba no equivocarse.

Aquel día estuvo en una cafetería tres horas delante de su ordenador informándose sobre su destino: Nigeria. Sabía que con el idioma no tendría problemas, prácticamente todo el mundo hablaba inglés. Fue a vacunarse y a firmar algunos papeles en las oficinas de Médicos Sin Fronteras. Trabajaría en un pequeño hospital en una zona de difícil acceso. “Necesitan a alguien con cierto conocimiento farmacéutico porque ya han sufrido varias veces retrasos en la llegada de camiones con medicamentos. Le dejarán un pequeño laboratorio con material y una cabaña. La duración de esta aventura, porque no hay otra manera de nombrar esta locura, es de ocho meses”. Al volver a su apartamento, el equipaje fue sencillo de preparar, apenas tenía posesiones y todo le cabía en la maleta que trajo de París. Esa noche sería la última, en mucho tiempo, que dormiría en el mundo desarrollado.

El avión hizo un par de escalas hasta llegar al Aeropuerto internacional Murtala Muhammed. Al bajar, se hundió en una humedad densa y cálida. Recogió su maleta y salió a la puerta. Alguien de la organización tenía orden de ir a buscarla. No llevaba ni cinco minutos esperando cuando oyó su nombre. Un chico, más o menos de su edad, la recibió con una enorme sonrisa. Montaron en un coche y él se presentó. Se llamaba Patrick, también era francés, llevaba dos meses en el hospital, como enfermero. Estuvieron tres horas en aquel viejo Seat viendo aquel extraordinario país, hasta que entraron en un camino en el que la maleza aumentó. Patrick le explicó la situación al llegar a un puente; cada vez que llovía con fuerza el paso se cortaba, y podían estar hasta dos semanas incomunicados. El hospital atendía a una zona bastante pobre. Poco

después de pasar el puente llegaron a un edificio blanco con una cruz roja en un lado. En los alrededores había ocho cabañas. El joven le explicó a Val que en una vivía el director, en otra tres hermanas de la caridad, en la siguiente un matrimonio de doctores y en el resto vivían los enfermeros y otros trabajadores del pequeño hospital. En total eran quince; y todos vivían por y para su trabajo.

Val tomó una decisión. Escribiría un diario, un espejo donde reflejar sus sentimientos. Comenzó la primera noche.

*Querido diario/cuaderno de viaje/libreta de tapas bonitas, te comunico que durante los próximos ocho meses vas a ser mi amigo. Mi único tesoro en esta vida son mis amigos, no tengo familia, no tengo novio, solo puedo sentirme orgullosa de ellos. En la semana que estuve en Nueva York no tuve tiempo de entablar relación con nadie. En París están mis compañeros de clase, y todos mis conocidos. Pero a veces lo pienso, estoy sola en el mundo. Realmente, nadie me echa de menos, pero yo tampoco echo de menos a nadie; no sé si es algo bueno. Quiero conocer gente aquí a quien querer, quiero disfrutar de mi vida rodeada de buenas personas. Me gustaría olvidarme de todo lo que he sido y convertirme en alguien nuevo. Mi mayor miedo es algo absurdo; los niños. Es lo único que me impone respeto, el tratar con ellos aquí sé que va a ser duro. Nunca he tenido mucho contacto con pequeños; quizá me sorprenda a mí misma y sea el menor de mis problemas. Bueno, te contaré tu misión. Me voy a obligar a escribirte, para desahogarme; escribir me gusta, y más si es para sincerarme. El día de hoy ha sido intenso, presentaciones, horarios, normas... He visto cosas muy interesantes y mi trabajo me gusta. Voy a estar en la enfermería 1, atenderé a personas con lesiones leves. Patrick, un compatriota encantador, no se alejará mucho de mí. Él ha estado aquí en mi*

*puesto. La verdad es que todo es muy rudimentario; la vida no es fácil, y nosotros no podemos quejarnos. Las instalaciones son muy sencillas, pero es lo que hay. He estado hablando con el director. Sinceramente, creo que está contento con mi llegada. Me ha dicho que se alegraba de que aterrizara alguien tan joven y preparado. Mañana empezaré al 100%.*

Val tuvo tiempo de conocer más a sus compañeros. Los médicos eran encantadores y los pacientes muy agradecidos. Nada tenía que ver con la sanidad de París o con la de cualquier otro lugar del primer mundo. Adaptarse a esa forma de vida estaba ayudándola a crear a ese alguien responsable, comprometido y, lo más importante, feliz. Una tarde Patrick fue a hablar con ella. Estaba sentada viendo la puesta de sol.

- Ya han pasado dos semanas desde que llegaste y apenas te conozco, no sabemos nada de ti. ¿Tienes familia? ¿Novio? ¿Por qué has venido hasta aquí?
- Estoy sola en el mundo. Estudié farmacia y química y empecé con algunas asignaturas de medicina. Soñaba con trabajar en una farmacéutica; lo legré y me decepcionó. Fin de la historia.
- ¿Y cómo llegas a Nigeria a un centro como este?
- Tenía algunos ahorros y decidí embarcarme en ésta aventura. Opté por poner punto y final a aquella Valérie perfecta y aposté por encontrar la forma de aprovechar mis días. Quiero experimentar, enamorarme, disfrutar, aprender de mis errores, improvisar... en definitiva, quiero vivir.
- ¿Nunca has estado enamorada?



- He tenido algún novio, pero nunca nada serio, mi prioridad han sido siempre mis estudios. – Patrick reía como un loco- No lo entiendo, ¿qué te hace tanta gracia?
- Decides un viaje que cambiará tu vida en unas horas. Eres increíble. Quiero saber más de ti.
- Pues no hay más.
- Entonces, ¿tengo alguna posibilidad de ayudarte a alargar esta historia?
- Venga, se hace tarde, volvamos al hospital.- Val creía que no estaba preparada para seguir con esa conversación-. Nos van a echar de menos.
- No, esta noche no, las habitaciones están todas vacías. ¿No querías disfrutar? Este momento es único, no sabemos cuándo será la próxima vez que podamos hablar tan tranquilamente. ¿Hace cuánto no tienes una cita?
- Uf, no me acuerdo –ríen- supongo que hace mucho que no me lo propongo.
- Eres simpática, me gusta estar contigo.- Val se ruborizó y le respondió con una amplia sonrisa- Ahora que nos estamos sincerando tengo que contarte algo. Veras... La semana que viene... Llega una voluntaria...
- ¡Pero si ya no quedan más cabañas!
- Bueno... Tenemos que arreglarnos con lo que tenemos, ya sabes que esa es la política aquí. Quería preguntarte si...- Patrick estaba muy nervioso, lo delataban sus imparables piernas- Quizás... ¿Te importaría venir a mi cabaña? Es la cinco... Supongo que ya lo sabías. Es por

desalojar la tuya... Como eres la que menos tiempo lleva...Me lo ha propuesto el director...

- Vamos a ver, deja de poner excusas ¿me estás pidiendo que nos vayamos a vivir juntos y ni siquiera me has dado un beso?- ríe- Sería mejor seguir un orden más lógico, ¿no?

Val no esperaba precisamente lo que segundos más tarde iba a pasar. Reía como una loca, cada vez se acercaba más (inconscientemente) a Patrick. Estaba cómoda con él, le gustaba lo que sentía, agradecía que alguien se interesara así por ella. La besó; “por fin” fue lo único que se atrevió a decir ella. Pasaron la noche allí, envueltos en cómplices miradas, besos, con la luna como único testigo.

Los días pasaron y se fueron uniendo. Hacían una pareja perfecta. Eran el tema de conversación de todos en el hospital. Val estaba realmente feliz, porque había encontrado la forma de llenar el vacío de su vida: había encontrado una familia, había encontrado su sitio.

*Querido diario/cuaderno de viaje/libreta de tapas bonitas, tengo que confesarte que cuando llegué aquí no estaba segura de lo que le sucedería a mi vida. Pero ahora me he dado cuenta de que estoy viviendo con intensidad y pasión mi día a día. En el hospital todo va sobre ruedas, por fin hemos conseguido algo de materiales y hemos reconstruido el puente. La comunicación ha mejorado bastante. Pat y yo hemos ido de visita por las aldeas concienciando a la gente, hemos mejorado algunos pozos para que puedan disponer de más agua. Desde que empezamos a concienciar a los habitantes de la importancia de una buena higiene, los pacientes han disminuido. Ahora hemos empezado*

*un proyecto de alfabetización. A partir de la semana que viene vendrán hombres, mujeres y niños a aprender a leer y a escribir. Me siento realmente afortunada de poder colaborar así.*

La escuela abría sus puertas al día siguiente. Patrick y Valérie serían los encargados. Funcionará cuatro horas por las mañanas, si no hay trabajo en el hospital. No eran más de las diez de la noche cuando alguien llamó a la puerta de la cabaña. Hola me llamo Kassut. Tengo ocho años y mis padres no vuelven a casa desde hace una semana. Estoy hambriento y me preguntaba si aquí me darían algo de comer.

- Claro, pasa.

El niño hablaba un inglés perfecto. Unos ojos enormes iluminaban su cara. Siempre sonriendo, les contó la verdad. Val quedó asombrada; le prometió que le ayudaría a cumplir su sueño.

*Querido diario/cuaderno de viaje/libreta de tapas bonitas, alguien ha llegado a mi vida; irónicamente, es un niño. En estos meses aquí he superado mis diferencias con ellos. Él no vivía muy lejos del hospital y había oído que enseñaríamos a escribir. Cuando les dijo a sus padres que quería aprender le dijeron que quién se creía; tuvieron una fuerte discusión y les dijo que no volvería nunca. El sueño de millones de niños africanos es ser futbolistas, Kassut solo quería aprender a escribir. Estaba dispuesto a renunciar a su familia por formarse. Unos meses atrás, un reportero del National Geographic le explicó en qué consistía su trabajo, y desde entonces solo se imaginaba “en un edificio muy alto, casi tocando el cielo, sentado en una mesa escribiendo noticias”. Este niño desprende ilusión y entusiasmo. Está aprendiendo muy*

*rápido. El tiempo vuela; debo volver a París en dos semanas y le he propuesto a Patrick que me acompañe. Hemos adoptado legalmente a Kassut y vendrá con nosotros. Le hemos buscado un internado donde estudiará hasta los dieciocho años. Espero que cuando termine siga teniendo tan claro lo que quiere en la vida, y si todo va bien mi mayor deseo es que estudie Periodismo. Las vacaciones vendrá aquí. Pat y yo estaremos fuera dos semanas. Me siento orgullosa de haber encontrado un lugar al que llamar hogar, aunque sea una cabaña de madera de treinta metros cuadrados.*

París dejó atónito a Kassut. Val se emocionó al ver su reacción. Valérie le mandó una foto de los tres acompañada de una carta a Susan, la química de UTAX, contándole todo lo que había aprendido y vivido, y agradeciéndole que un día, ahora tan lejano, le abriera los ojos. Dejar atrás a Kassut fue lo más difícil de la vuelta, pero en pocos meses lo volverían a ver. En el vuelo a Nigeria Val iba a darle una gran noticia a Patrick...estaba embarazada.

Pasaron los años y Valérie y Patrick Ausset disfrutaron de su matrimonio ayudando a quienes realmente lo necesitaban; vieron crecer a sus tres hijos, a caballo entre París y Nigeria. Kassut terminó la carrera, trabajó de todo lo que pudo hasta que logró comprar un piso en París, que convirtió en la editorial de su revista fotográfica. El hospital se convirtió en el más importante de la zona. Valérie murió con setenta y cinco en la misma cabaña que años atrás le había dado la vida, rodeada de todos aquellos que lograron hacerla la persona más feliz del mundo entero.